

Dos lomas de tierra.

La oíamos llorar detrás de la puerta, pero no podíamos hacer nada para ayudarla. Ella gritaba; gritaba. A mi se me partía el corazón. No había manera de ayudarla.

La vieja Clementina estaba con ella.

Al principio creíamos que iba a ser fácil, que era un rato malo que teníamos que vivir. Después el tiempo fue pasando. Ya no eran minutos ni horas. Más de dos días llorando, gritando, pidiendo la muerte.

Y no había manera de quitarse aquellos gritos. No se podía escapar uno al monte y olvidarse de todo. Había que esperar allí.

La vieja Clementina sabía mucho. Primero salía a veces y nos decía: “Es difícil; pero con la ayuda de Dios..”

El último día no salió ni una vez. No se apartaba de la cama de Nancy. Salió cuando vino a decirlo.

“Murió” _dijo. Y se restregaba las manos arrugadas.

Se sentó en un taburete y empezó a secarse las lágrimas con la punta de la saya.

A mi al principio no me entró la noticia. Como si no fuera conmigo. Ya Nancy no gritaba y eso era todo.

María se quedó lela. Me miraba, y yo la miraba a ella.

Después María empezó a llorar y yo me di cuenta de que Nancy se había muerto de verdad.

Entre María y la vieja Clementina la bañaron. La bañaron y la vistieron. Limpiaron el cuarto y pusieron flores.

Cuando yo entré ya Nancy estaba tapada con una sábana y en el cuarto alumbraban cuatro velas. La oscuridad de la noche salía de los rincones y estaba llenando todo el cuarto.

Yo miraba la sábana blanca que se elevaba como un tronco tapado cuando llegaba a los pies. No podía mirarla a la cara. La sábana la cubría hasta el cuello. Ella tenía el pelo largo y lo habían extendido por sobre la sábana.

Era mi hija. No la predilecta. Pero era buena. Calladita, trabajadora. No se le notaba en la casa. A veces yo tenía que preguntar por ella.

Nunca lloró por un par de zapatos nuevos ni por un vestidito. Tenía una bata blanca que se ponía los domingos. Y en el dobladillo llevaba una cinta. Lo que no recuerdo ahora el color; pero era un color vivo que se te metía por los ojos.

Ella se ponía la batica y procuraba no ensuciarse. Salía al patio y miraba al camino. Se ponía de puntillitas para mirar por sobre la manigua.

Yo la miraba así, erguidita, delgada, y el corazón me dolía de cariño.

No era majadera. Calladita y suave. Delgada. Delgadita como un cuje de yaya.

Cuando yo llegaba del monte todos corrían a besarme. Jacinta llegaba primero. Jacinta y Maximino.

Jacinta era la más grande.

Yo me agachaba un poco y los besaba. A veces les pasaba la mano por las cabecitas. Pero no los acariciaba mucho. El monte cansa. El hacha cansa. Yo llegaba cansado, sudado. Los zapatos eran un charco de sudor. ¡Plaf!, sonaban.

Lo que yo quería era llegar a la casa. Cuando llegaba enganchaba el hacha en la solera y la vaina con el machete en un clavo.

Solo me lavaba las manos. Almorzaba sin bañarme. Sucio. Como mismo venía almorzaba. Ni me quitaba los zapatos.

Después de almorzar me iba a la cama por un rato. María me quitaba los zapatos y me secaba el sudor con un trapo viejo. Yo me dormía enseguida.. A pesar del calor y de las moscas me dormía.

Descansaba un rato y volvía al monte. Entre dos luces regresaba. Entonces me bañaba al lado del brocal del pozo. Sacaba un cubo de agua y me lo vaciaba arriba. Y así. Me restregaba el cuerpo con un nido de totí. Enjabonaba el nido y me restregaba.

Me gustaba arrastrar las alpargatas por el piso. Sin calzármelas. El piso era duro como la piedra y estaba blanquito de ceniza.

María acostaba a los muchachos temprano. Antes de acostarse venían a besarme y a pedirme la bendición.

“La bendición, papá” _ decían ellos _

“Dios los bendiga” _ les contestaba yo, y se iban a dormir.

A veces discutían un poquito antes de quedarse dormidos. “!Carajo!” _les gritaba yo, y ellos se callaban.

Asustaditos se callaban. Y se quedaban dormidos.

María y yo nos acostábamos enseguida. Yo me acostaba primero. María lo hacía un rato después. Arreglaba algo en la cocina. Las brusquitas arreglaba. Daba una vuelta a los muchachos. Esas cosas.

Yo tenía que hacerme a la idea de esperarla despierto. El cuerpo me ardía de cansancio pero mantenía los ojos abiertos a la fuerza y esperaba a María.

Algunas veces, cuando ella venía a acostarse, ya yo estaba dormido y ella no me despertaba. Se acostaba en silencio en una orillita. Para no despertarme. Para que yo descansara.

Cuando yo me despertaba por la madrugada me parecía que había perdido algo irremisiblemente. Algo que no podría encontrar por mucho que lo buscara. Que no encontraría ni San Dimas. Eran las noches en que María me encontraba dormido y no me despertaba.

En ese tiempo no me gustaba levantarme temprano. El trabajo si me atraía. Estaba acostumbrado a trabajar. Pero cuando sonaba el reloj por la madrugada el timbre me llenaba de ira.

María se levantaba enseguida. En silencio se levantaba y se iba a la cocina. Yo volvía a quedarme dormido. Estaba María despierta y me llamaría cuando hiciera el café. Y entonces yo me quedaba dormido de nuevo. Era el rato que mejor dormía. Hasta soñaba a veces.

Yo no soñaba mucho. María si .Le gustaba hacerme la historia de sus sueños. Contármelos. María siempre soñaba cosas trágicas. Que la perseguían y se caía. Se levantaba y se caía de nuevo. O que le robaban un muchacho y ella no podía gritar. En el sueño no podía evitar que le robaran el muchacho.

Se despertaba aterrorizada y me llamaba. Yo no le hacía caso. “!Duérmete!” , le decía, y sentía como ella temblaba a mi lado.

Pero yo estaba cansado y tenía sueño. Esperaba a María obligándome a tener los ojos abiertos cuando me acostaba. Hacíamos eso, y yo me dormía enseguida. Hasta que sonaba el reloj. Hasta que María me llamaba cuando ya tenía el café hecho.

Entonces me levantaba y me lavaba la cara en la palangana. Si hacía frío metía solo las puntas de los dedos en el agua.

En un horcón de la cocina siempre había colgado un saco de harina limpio. Me secaba y tomaba café. Y encendía un cigarro. Un cigarro trigo. Había también cigarros blancos. Y negros, Pectorales, se llamaban.

No sé por qué les decían pectorales. Yo fumaba trigos. Eran amarillos. Amarillitos.

Algunos domingos no trabajaba. Me quedaba en la casa y maldita la cosa que hacía. No ponía el reloj, pero me despertaba igual. de madrugada. Daba vueltas en la cama tratando de dormirme. No me dormía.

María hacía el café y me lo traía a la cama. Y yo fumaba acostado.

Esos días nos amábamos de madrugada. Con cuidado nos amábamos. Ella temía que se despertaran los muchachos.

Cuando los muchachos no habían nacido ella gemía. Gemía, y me pedía que la amara. Que la amara siempre.

Después nacieron los muchachos.

Primero Jacinta. Cuando nació Jacinta todavía vivíamos en el ranchito. Y cuando la barriga de Maximino nos mudamos para la casa. María estaba barrigona y nos mudamos.

En ese tiempo Clementina era joven. Más vieja que María, claro. Le ayudó a María con los cacharros cuando nos mudamos.

María vomitaba mucho. Mareos y vómitos. Estaba amarilla y flaca.

“Mira lo que me cuesta tu barriga” _me decía, mimosa.

“¿Mi barriga?. ¡Será la tuya!. _ le respondía yo _ Es tuya”.

“Tu me la hiciste” _ me contestaba.

Y se reía. Se reía y vomitaba. Y estaba contenta.

“Va a ser macho. _ me decía por las noches cuando estábamos acostados _Toca. Mira cómo se mueve. Va a ser macho”.

Yo siempre estaba cansado. Tocaba un momento su barriga. Maximino saltaba, daba pataditas. A mi me parecía que quería salir a registrar los calderos. Y me reía. María también reía entonces. Me besaba y reía.

Después nació Nancy. Siempre fue menuda, flaquita. Tenía el pelo negro como yo. Negrísimo.

María le hacía chorongos cuando la peinaba. Le caían a los lados. Como un muelle negro cada uno.

Cuando creció era la más bonita. Más bonita que Jacinta. Y calladita siempre. Menuda, limpia, silenciosa. A veces yo tenía que preguntar por ella.

Maximino ya se había casado cuando apareció Andrés. Todo el mundo le decía Andresito. Yo no. Yo siempre le dije Andrés.

Al principio yo creía que Andrés venía por Jacinta. Pero me equivoqué. Yo no lo estimaba. No tenía motivos para odiarlo. Ni para quererlo.

La noche que habló conmigo se lo dije. Clarito se lo dije. Que visitara a Nancy. Los domingos y los miércoles. Que se casaran. Pero que ella era mi hija, y que cualquier cosa mala que le hiciera se la iba a cobrar a machetazos.

Y se casaron. Se juntaron. Hicieron una casita y se fueron a vivir solos. Yo les regalé una gallina jamaicana y un par de pollonas.

Vivían a la orilla del camino. Yo pasaba siempre por allí. Por el camino. A la casa de Nancy llegaba pocas veces.

El no la dejaba salir. Ni al patio. No le gustaba que nos visitara. De vez en cuando le daba permiso para que viniera a vernos.

María iba casi todos los días. Aprovechaba que Andrés estuviera para el monte y la visitaba.

No me decía nada.

Yo la oía a veces suspirar por las noches, pero no me decía nada.

En ocasiones me daban ganas de despalmar el machete y cortarle la cabeza a Andrés. Era instinto. No sabía nada, pero tenía ganas de matarlo.

No me animaba a hacerlo porque no quería dejar viuda a Nancy. Y tampoco tenía motivos. ¿Qué no la dejaba salir?. ¡Bueno!. Era su marido. Y la mujer tiene que obedecer al marido. Si la mujer no obedece al marido no hay matrimonio que aguante. La mujer debe obedecer. Por amor. Es más débil. Y debe ceder.

Claro que tampoco una obediencia de esclava. La mujer no es una perra que se puede amarrar debajo de una mata. Obedecer si. El marido representa a la casa. A los hijos. A la mujer. Es el cabeza de familia.

Andrés no la dejaba salir. Ni al patio. De vez en cuando le daba permiso para visitarnos. Y nada más.

Cuando Nancy se preñó fue distinto. María iba a diario. Aunque Andrés estuviera. Yo iba a veces.

El día que Nancy parió estaba Clementina. Clementina y María la atendieron. Fue un macho. Un varón grande. Le pusieron Andrés. Ese día tomamos ron Andrés y yo. Andrés, el marido de Nancy. El otro no. El otro había acabado de nacer.

Le decían Andresito al niño. Los primeros días yo no quería chiquearle el nombre. Después me acostumbré. Al otro, al padre, si siempre le dije Andrés.

Al año siguiente, dos días después de un temporal grande, fue que ocurrió la desgracia.

No había manera de salir de La Ciénaga. ¿Cómo ibas a salir?. Era agua por todos lados. Agua y fango.

Había estado lloviendo quince días seguidos y no encontrabas un lugar seco ni dentro de la casa.

Yo se lo había dicho a Andrés. Le había dicho que sacara a Nancy. Que amenazaba con haber un temporal. Pero el no hizo caso. O no pudo. Vaya usted a saber. No había mucho dinero que digamos.

No había dinero casi. Nosotros nos hubiéramos quedado con Andresito hasta que ellos estuvieran de vuelta. Pero Andrés no quiso. O no pudo.

Cuando eso ya Maximino se había mudado para La Ceiba y Jacinta estaba casada con Esteban.

Dos días después que levantó el tiempo se le presentaron los dolores a Nancy. Fue por la tarde.

Yo estaba labrando polines, y cuando llegué, entre dos luces, María me lo dijo.

Clementina estaba en casa de Nancy y la atendía en el paritorio.

Fueron más de dos días. Más de dos días gritando, gritando detrás del tabique. Y nosotros sin poder hacer nada.

Hasta que salió la vieja Clementina y dijo: “Murió”.

Entré a ver a Nancy. Yo no podía mirarla a la cara. Tenía el pelo largo, negro. No podía mirarla. Me parecía que la veía chiquitica y menuda, con chorongos. Me imaginaba que iba a decirme “la bendición, papá”, y no podía mirarla.

A la criatura la velamos en su camita.

Entre Andrés y yo hicimos las cajas. Una grande, y la otra chiquitica.

Andrés clavaba y se limpiaba los ojos. Una lágrima cayó en la tabla, humedeciéndola. Quise decirle Andresito, pero yo no estaba acostumbrado a chiquearle el nombre.

No hablamos. Acabamos de hacer las cajas en silencio. El no me vio llorar. No quería que nadie me viera llorar.

Por la noche, cuando nos acostamos, María y yo lloramos. Lloramos bajito, para que Andresito no se despertara. Pero ella sola me vio llorar. No quería que nadie más me viera.

Después seguimos viviendo. Por mucho que uno quiera a los que se mueren la vida sigue. El que queda vivo sufre, si, mucho. Y se muere cuando le toca. Ni antes ni después.

Nos quedamos con Andresito. Andrés se fue. Dijo que no podía vivir más aquí.

Un día antes de irse limpió las lomitas de tierra de las dos tumbas. Yo lo estaba mirando. Se arrodilló un rato entre las dos lomitas. Después se levantó y se fue.

Andresito creció rápido y se casó temprano. Más nuevo que Nancy, la difunta, que en gloria esté. Tendría quince años cuando se casó. O catorce.

Se llenó de hijos. Trece hijos. Trabajaba como un esclavo, el pobre. Con la cantidad de familia que tenía, no digo yo.

Tu padre, cuando nació, tenía el pelo negro. Como su abuela. Negrísimo. Ya a mi se me había puesto blanco. No digo yo. Figúrate. Nancy. Después María. Maximino. La última en morir fue Jacinta.

Ya estaba el terraplén cuando murió Jacinta. Ya estaba el terraplén, si.

Cuando la abuela de tu padre murió todavía no estaba el terraplén. Fue dos días después de un temporal grande. Un temporal que duró quince días. Agua y fango a la redonda. Y no pudimos hacer nada.

Enterrarla fue lo que hicimos. A ella y a la criatura. Una lomita de tierra al lado de la otra.

Allí, ahora, están los soplillos grandísimos. Se alimentaron de mi hija. Era menuda, y la madre le hacía chorongos. Unos chorongos negros. Negrísimos.

Y ahora estos dicen que no debo hablar contigo.

¿Con quién voy a hablar entonces?.

Ellos estudian. Todo el santo día con los libros. Y por la noche, televisor. O la grabadora.

¿No?. La bulla.

La bulla es lo que les gusta.

Y no quieren que yo hable contigo. Dicen que no te dejo dormir. Que aprovecho el momento en que ellos se distraen y vengo a tu cuna a hablar de cosas que tu no entiendes. Dicen que no me escuchas. Que estás acabadito de nacer. “A los seis meses, dicen, ningún muchacho entiende”.

Pero tu te pareces a Nancy. Tienes el pelo negro. Negrísimo. Y menudito. Como era ella. Menudita. Se paraba en las punticas de los pies para mirar por sobre la manigua. Tenía una bata blanca. Y en el dobladillo una cinta. Una cinta de color vivo. Lo que no recuerdo ahora el color.

Tu no les digas a ellos que yo vengo a hablar contigo. Están celosos. Eso es lo que están. Mañana vendré de nuevo. En cuanto no me vean vendré de nuevo.

Y no importa que me mees, oiste.

Ya quisieran ellos. Ya quisieran ellos que tu los mearas.